

<b>Medio</b>	LA TERCERA.COM
<b>Fecha</b>	<b>09-01-2016</b>
<b>Mención</b>	POSTULAR EN TIEMPOS DE GRATUIDAD: UAH

## Tendencias

### Postular en tiempos de gratuidad

Este año el proceso de ingreso a las universidades, que comenzó a fines de diciembre y terminará mañana cuando se publiquen los resultados, tuvo un ingrediente adicional que les añadió una cuota de nerviosismo, y también de alegría, a algunas familias. Seguimos a varias de ellas.

Noelía Zamino y José Miguel Jaque  
08 de enero del 2016 / 23:38 Hrs

0 j o l o c o url -A +A



“Ya, estás matriculado. Si tenemos gratuidad bien, y si no, aperramos nomás”, dice una mujer mientras chocha la mano con su hijo a la salida de la Universidad Autónoma, en Providencia. Madre e hijo se van caminando abrazados hacia el metro. Él se ríe, aliviado. Es 29 de diciembre y, al igual que el resto de los jóvenes que rindieron la PSU, ya tiene sus puntajes en la mano y como tantos otros está visitando universidades para informarse y matricularse.

La espera de los puntajes y la postulación a las universidades siempre ha sido un proceso estresante, pero este año ha tenido un ingrediente adicional. Tres días antes de que se conocieran los resultados de la PSU, el Congreso despachó la ley corta de gratuidad, que beneficiará a 178 mil universitarios de los hogares pertenecientes al 50 por ciento más vulnerable del país, aquellos en donde cada integrante del grupo familiar recibe menos de 155 mil pesos mensuales. Como consecuencia, sólo a horas de que se iniciaran las postulaciones terminó de definirse cuáles de las universidades privadas que podían adscribirse al sistema lo harían y quiénes serían beneficiados, todo lo que le ha añadido una cuota de nerviosismo a los estudiantes, sus familias y los propios planteles, ya que nadie tiene completamente claro el panorama. Tampoco los efectos que tendrá esta medida, los que sólo comenzarán a verse mañana cuando se publique los que fueron aceptados en cada institución.

A algunos ya les está cambiando la vida. Como a Betsy Campos, que a sus 38 años puso por primera vez un pie en una universidad. Su hijo, Marco Painemal, ponderó 642 puntos, quiere ser abogado y será el primero en su familia en seguir una carrera profesional. Ella llegó hasta tercero medio y su marido sólo terminó la básica. “Estoy con el pecho inflado”, dice, mientras habla por él, porque Marco está pendiente de que lo atiendan para aclarar las últimas dudas antes de postular a la Universidad Diego Portales. A su lado están su hermana menor y su padre, un taxista que está estresado con la espera. El joven cuenta que aunque esperaba un puntaje más alto, está contento porque podrá estudiar gratis, lo que va a aliviar la carga de sus padres. “Ahí le subió el ánimo. Es un gran beneficio porque lo ayuda a seguir su sueño. En todo caso, ya habíamos pensado en trabajar a full los años que seguían para pagar como fuera su universidad”, dice Betsy.

-¿Y la gratuidad por cuánto tiempo dura?, pregunta Guillermina Munro, mamá de Patricio Ramírez, en otra universidad.

- No lo sabemos, señora. El Estado aún no lo informa. No dice eso, ni se conocen aún las condiciones para mantenerla, le responden.

Guillermina queda atónita: “Y si ustedes no saben, ¿cómo lo hacemos nosotros para decidir dónde matriculamos?”

El joven que la está atendiendo se encoge de hombros y se disculpa.

Guillermina lleva dos días acompañando a su hijo a distintas universidades para que se inscriba en ingeniería en construcción. Ella pregunta y él escucha. Como él también será beneficiado por la gratuidad, sólo han ido a establecimientos adscritos al sistema, que son las 25 universidades que forman parte del Consejo de Rectores (Cruch) y cinco planteles privados: las universidades Diego Portales, Católica Cardenal Silva Henríquez, Alberto Hurtado, Finis Terrae y Autónoma.

“Ha sido todo muy confuso. Lo más estresante es la incertidumbre. Me da susto que se inscriba en una y después cambien las condiciones. Sería terrible. No quiero otro hijo endeudado”, dice Guillermina.

Mientras tanto, Abraham Contreras llega a la Usach preguntando por qué en el ítem gratuidad aparece “pendiente”. Él cree que cumple con todos los requisitos: su papá “fue a comprar cigarrillos y no volvió” -dice con ironía- y de la casa se hace cargo su mamá, quien trabaja como reponedora de supermercados y tiene dos hijas más -una en la universidad y otra en el colegio-. Durante 2015, miles de jóvenes como él llenaron el Formulario Único de Acreditación Socioeconómica (FUAS), el cual sirve tanto para obtener becas como para acogerse a la gratuidad. Cuando lo hicieron aún no estaba claro ni la ley, ni cuántos alumnos se beneficiarían, ni qué universidades estarían bajo ese esquema. Los resultados salieron el mismo día que los puntajes de la PSU y hubo algunos que se encontraron en la misma situación que Abraham, ya sea porque sus antecedentes estaban incompletos o les faltaba algún documento. Sus dudas se acabaron ayer, cuando se dio a conocer la segunda lista de beneficiados con la gratuidad, pero tuvieron que hacer sus postulaciones un poco a ciegas, sin saber si contaban o no con el beneficio. “Sería perfecto que me la dieran. Y lo ideal es que fuera universal, para todos”, decía Abraham.

#### Malas noticias

“Según tus antecedentes socioeconómicos, no te corresponde la gratuidad”, les dicen en la Universidad Alberto Hurtado a Nicolás Lobos y su mamá, Eliana Antilef, quienes se miran en silencio. Él ponderó 548 puntos, quiere estudiar pedagogía en arte y la noticia es un balde de agua fría. “¿Cuánto tenemos que ganar para la gratuidad?”, pregunta la mujer. “Yo soy sola con él y la otra persona que vive en mi casa es sola con su hija”.

Eliana mira a Nicolás y le dice que tal vez lo mejor es que en vez de estudiar este año prepare de nuevo la PSU para tener mejor puntaje y acceso a becas. Pero Nicolás no quiere. “Prefiero estudiar al tiro, pero si no se puede...”, dice, y ella interrumpe: “Me achaca que no puedas estudiar porque eso es lo que quieres, pero si es así... pucha, lo siento, hijo. Tenemos que pensarlo bien”.

Al igual que Nicolás, Paloma se entera que queda fuera de la gratuidad en uno de los pasillos de la universidad, esta vez en la Usach: “Era obvio”, dice. No había preparado bien la prueba, pero le fue mejor de lo que esperaba, alrededor de 700 puntos, y se le abrieron más puertas. Para su familia todo se ha complicado desde que sus padres se separaron. “Mi mamá es profe, no tiene un gran sueldo y tampoco creo que me gane alguna beca. Por salir de un colegio privado se me cierra la posibilidad a becas. Yo estaba ahí semi becada por ser mi mamá funcionaria, pero para el Estado, yo pagaba todo y así se me cierran muchas oportunidades. Es injusto”, alega amargamente.

Felipe Cornejo (17) tampoco se tenía fe antes de la PSU. De hecho, no la preparó. Su familia estaba tan convencida de que no le iba a ir bien que algunos tíos le sugirieron que entrara a la Escuela Militar, alternativa que no le gusta. Todos se llevaron una sorpresa el domingo 27 de diciembre porque ponderó 638 puntos, lo que le alcanzaba para entrar a Contador Público y Auditor. La mala noticia fue, por el otro lado, que no estaba entre los beneficiados por la gratuidad. “Teníamos la ilusión de que entrara”, dice su mamá, empleada en una fábrica de plástico. Ella se hace cargo sola de Felipe y su hija mayor, María José, quien estudió secretaria ejecutiva bilingüe y trabaja en un colegio en La Dehesa. “Ella nos embarra porque ahora gana bien”, dice Felipe, quien está pensando en trabajar en el día y estudiar de noche. “De alguna forma la plata tiene que salir. Sería el primero de la familia que va a la universidad. Cómo le voy a cortar las alas”, dice su madre.

### Estrés pos puntaje

Victor Jara es otro papá que pregunta por su hija. Primero en el puesto de información del college de la UC. Luego en odontología. Victoria quería medicina, pero no le alcanza. “Estaba tan nerviosa que me nublé”, dice ella y a su papá se le llenan los ojos de lágrimas mientras la escucha. “Con la decepción del puntaje se anduvo perdiendo y por eso vine a acompañarla. Me frustra no verla lograr las cosas que quiere con todo lo que se esforzó”. Victoria le hace cariño en la espalda e intenta consolarlo: “Pero se puede. Si no es este año, la preparo de nuevo”.

Joselyn Arrendondo (21) no tiene tiempo para pensar. “Si no te matriculas hoy, mañana te puedes quedar sin cupo”, le dicen en la Universidad Diego Portales, donde busca inscribirse en enfermería después de estudiar dos años ingeniería. La respuesta no les gusta a sus papás, que la han acompañado a varias universidades. “Es una presión horrible porque es una decisión importante y te dicen ‘firme altiro’. No se puede hacer así nomás”, dice Rachel, la mamá. “Así es este negocio”, agrega, más descreído, Eduardo. Con otro hijo cursando la educación superior y sin gratuidad para ninguno, Rachel y Eduardo parecen resignados. Ambos son vendedores de AFP y dicen que tendrán que “encalillarse” para que sus hijos sean profesionales, lo que ninguno pudo ser. “O sea, yo soy profesional de la venta... de la universidad de la calle, la más importante”, se corrige. Rachel piensa qué haría con la plata si la universidad fuera gratuita para ella: “Me arreglaría los dientes. Cosas que uno no hace porque tiene otras prioridades”.

### Son unos niños

Es lunes en la mañana y en el centro de extensión de la UC la fila más numerosa es la del stand donde se pregunta por becas y aranceles. Marcelo Soto y Cecilia Moreira llegaron ahí acompañando a su hija Macarena (17), que ponderó 762 puntos en la PSU lo que la tomó por sorpresa porque había encontrado muy difícil la prueba y estaba asustada de “embarrarles el año a sus papás”. Al momento de postular todavía estaba indecisa entre Física o Ingeniería, la carrera de su padre. “Yo vine a acompañarla de pura chochera”, dice él, pero ella lo interrumpe: “Yo le pedi que viniera. Tengo 17 años y no sé bien qué preguntar, mis papás son ingenieros y hacen clases en la universidad, entonces me pueden orientar... Qué voy a saber a esta edad”, dice ella y agrega: “¡Somos adolescentes! Cambiamos cada cinco minutos lo que queremos hacer”. Su papá la escucha y comenta: “Siempre le he recalcado que haga lo que quiera. No debe haber nada más terrible que levantarse un lunes y decir ‘tengo que ir a una cuestión que no me gusta’”.

En el patio de la Universidad Alberto Hurtado, Margarita Quirilao, en cambio, le repite a su hija Rayén Riquelme que lo piense bien. Literatura quizás no es la mejor opción. “Le digo que estudie algo que le pueda dar dinero, pero le gusta esto. Tiene que asumir que a lo mejor va a tener más problemas de los que tengo yo siendo profesora”. Las dos viven solas y Rayén no es beneficiaria de la gratuidad. Margarita piensa en endeudarse para pagar los estudios y a su hija le da miedo. “Este año, cuando nos fuimos a vivir con mi mamá solas, llegar a fin de mes era difícil. El refrigerador estaba vacío y no había para la Bip... son cosas básicas. No quiero pasar por eso cuando sea grande. Por eso no sé qué elegir”. Estuvo averiguando sobre carreras técnicas, que podrían ser más lucrativas, pero ninguna la convence. Margarita le toma la mano. “Igual es difícil ver a la hija preocupada de que no quiera tener la misma realidad mía, de no querer dibujar la realidad para que alcance. Ella tiene que decidir: entre lo que le gusta y la realidad de cuando tenga que ser mamá, quizás estando sola. Yo ya no sé qué decirle”.